

Mensaje 354

París, 11 de agosto del 2018

Maravilloso escrito de un versátil *kriyaban*.

Guruji:

Mi teléfono falla. Hoy lo voy a cambiar porque ya fallaba antes y no puedo permitirme esos fallos durante mi viaje de negocios la próxima semana.

Comida: Te llevaré a Washington algunas galletas con semillas y algunos otros tentempiés muy adecuados para diabéticos. Estoy trabajando con un naturópata, lo cual ha supuesto una gran diferencia en cómo manejo mi diabetes. Resulta que las galletas de semillas que he estado haciendo durante años son, de hecho, una buena solución, con moderación.

Durante nuestra conversación sobre la mente —dios / Dios y el alma—, me vino a la memoria que hay dos tipos de parásitos: aquellos que viven con sus anfitriones —los simbióticos— y aquellos que dañan o matan a sus anfitriones. La mente puede ser ambos... aunque parezca que perjudica mucho al anfitrión —el cuerpo—. El concepto mismo de suicidio es el caso extremo en que la mente acaba con su anfitrión —matándose en realidad a sí misma—.

Algo se me ocurrió: los *Yamas* y *Niyamas* son nuestro estado natural. El grado en que la mente interfiere con ellas es cuando comienzan a generarse perversas actividades como el robo y la impropia conducta sexual. La mente es capaz de crear capas y más capas de falsas percepciones —aquí dudo en usar la palabra realidad ya que realmente es nuestra percepción de la verdad la que está bloqueada. La verdad nunca cambia, pero la realidad tiende a ser subjetiva—.

Al completar 12x12x12 creo que a la mayoría de nosotros se nos ofrece un atisbo de verdad; momentánea, pero innegable. También durante el *swadhyaya* pueden surgir momentos de claridad en los que se escucha no es procesado ni filtrado, sino que golpea directamente. Por fugaces que sean, son más reales que cualquier otra cosa. Y luego están los momentos en los que ejecuto acciones, pero sin sentir que “yo soy el ejecutor”, sino que provienen, aparentemente, de otra inteligencia muy natural y de una perfección absoluta. En esos casos, la mente entra en acción luego tratando de encajar lo que acaba de suceder, pero sin poder clasificarlo o “digerirlo” correctamente.

La espontánea claridad en este cuerpo es consciente de todo esto. Sin embargo, la mente es siempre esa rata que, sin quedarse quieta a los pies, me muerde la ropa y llena mi cuerpo de excrementos con sus constantes diabluras, algunas de las cuales pueden ser bastante perturbadoras.

Llamaré mañana otra vez con mi nuevo teléfono.

¡Jai Gurú!

¡Gloria a un maravilloso escrito!